

## Víctor

### Lucía Jiménez

Displasia, úlceras corneales congénitas, Síndrome de Werner (envejecimiento prematuro), prostatitis crónica, litiasis vesicular, cálculos en la vejiga, infección urinaria, distrofia músculo-esquelética. Y Víctor sonríe cuando le regalan la gorra que quería. Cuando algo es difícil o no fluye según lo deseado, es habitual formular la frase “¡Que dura es la vida!”. Tras conocer la historia de Víctor Manuel Cabrera Gómez, todos deberían pensárselo dos veces antes de, tan si quiera, tratar de pronunciarla.



Víctor nació el 14 de mayo de 1963 en San Miguel Dueñas (Departamento de Sacatepéquez).

Este guatemalteco ingresó en Las Obras del Santo Hermano Pedro, institución que le dio una segunda y merecida oportunidad en la vida, allá por el 1 de mayo del 2000, el que podría rebautizarse como su segundo cumpleaños.

Sucalfato, aceite vegetal, Cibral Forte (para la irrigación cerebral), Acetaminofen, Diazepan y Citadep (tranquilizantes), Sertal compuesto e Ibuprofeno encabezan la inagotable lista de medicamentos que Víctor tiene que tomar para seguir viviendo. Y Víctor ríe.

Camina pero siempre con la ayuda de bastón o el apoyo de alguien. Comprende y habla. Aunque sus frases puedan resultar entre indescifrables e incomprensibles, no lo son si se pone empeño en ello. Casi no ve

y escucha con cierta dificultad, solventada si la persona que habla lo hace muy cerca de sus oídos y tan despacio y alto como si lo hiciera con un niño sordo (de 47 años). Cuando se le conoce por vez primera puede resultar difícil a la vista, debido a su peculiar anatomía, pero cuando ahondas en su vida y le reconoces como un hombrecito encerrado en un cuerpo y una historia inverosímiles; resulta imposible separarse de él.

Al rellenar un formulario, por ejemplo en cualquier institución pública, es frecuente ser preguntado por una persona de contacto o un responsable al que llamar en caso de

emergencia. En la hoja de ingreso de Víctor Manuel Cabrera Gómez, entre líneas como “Padre: Ángel Cabrera de León” o “Madre: Ana Maria Gómez”, puedes toparte con frases tan duras como “Responsable: NO hay”, Paciente PERMANENTE (ingresado en Las Obras de forma ininterrumpida). Cuenta con familia pero no se hacen responsables de él, por lo que se le conoce también como paciente ABANDONADO, como el 60% de los pacientes del centro. Todos ellos pasan las vacaciones de Semana Santa y Fin de Año junto al personal de Las Obras y no en casa con sus familias, como una minoría mas afortunada. Y Víctor baila.

Su apariencia exterior, la malnutrición a la que está confinado, así como su personalidad y forma de comportarse encuentran explicación en su cruenta e increíble historia. Puede parecer el más retorcido de los argumentos cinematográficos, pero es real y Víctor es un reflejo de la misma. Verle es la mejor manera de confirmar la veracidad de la novela de su vida.

Su madre le abandonó cuando era tan sólo un bebe. Se quedó al cuidado de su padre, el cual era un asiduo bebedor (le gustaba “tomar”, como dirían en Guatemala). Cuando Víctor lloraba, su padre le daba alcohol para hacerle callar e inducirlo al sueño. Allí dio comienzo el sufrimiento que vendría arrastrando el resto de su vida.

Al cabo de los años, su padre murió y el niño pasó a estar bajo los “cuidados” de su tío. Los objetivos e intenciones de su segundo custodio seguían siendo de lo más inhumanos. Debido a su ya deformada morfología, el niño era enviado al mercado a pedir limosna, dando pena a los que por allí pasaban. Pero el resultado obtenido era otro muy diferente al deseado: los niños que estaban pidiendo junto a él se asustaban con su presencia y algunos incluso llegaban a tirarle piedras o forzarle en su huida. La vuelta a casa resultaba casi peor que lo que acababa de padecer, al llegar sin recompensa alguna, su tío le maltrataba a modo de castigo. Como si Víctor no tuviera suficiente castigo con la vida que poco a poco se (le) iba forjando.

Fue abandonado y malvivió como pudo por las calles de Antigua. Nadie se explica cómo, bajo las circunstancias y condiciones en las que ya se encontraba, pudo sobrevivir durante tanto tiempo. Es un milagro. Tras muchos, y no buenos, cambios de residencia en su trágica vida, terminó en los jardines de un alto ex mandatario guatemalteco. Allí fue encontrado y trasladado al que realmente pasó a ser su último y, en realidad, primer hogar: Las Obras del Santo Hermano Pedro, una Institución religiosa y humanitaria de Frailes Franciscanos que pasó a ser para Víctor la familia que nunca había tenido. Su madre manifiesta que no le puede tener en casa porque ya formó otra familia y, además, no cuenta con los recursos económicos necesarios. Y Víctor canta “Y volver, volver, volver” o “La Margarita”.

La historia de Víctor nunca ha llegado a estar del todo clara. Él no habla lo suficiente como para poder relatarla, por eso se ha ido reconstruyendo poco a poco gracias a diversas fuentes. Trabajadores Sociales, vecinos de su infancia que acudieron en alguna ocasión a Las Obras para visitarlo y ofrecían alguna otra pieza para este puzzle todavía inconcluso en muchos aspectos. Sor Digna, quien podría ser apodada como la “madrina” de Víctor, también fue de gran ayuda en este arduo trabajo de ir uniendo detalles para conocer la difícil vida de este pequeño gran hombre.

Pensándolo bien, quizás sería mejor olvidar esta trágica existencia y partir de cero desde ese nuevo aniversario que le dio la vida, ese 1 de mayo del 2000. Pero existe y está (estuvo) ahí y debido a todo ello Víctor es, a día de hoy, quien es. “El hecho de padecer una mezcla de

enfermedades tan raras es fruto de una niñez terriblemente amargada y cruel”. Cuando el Padre Giuseppe Contrán (Director de la Institución) habla de Víctor, sus palabras suenan como las de un padre hablando de un hijo. Al hablar de su pasado, prefiere no entrar en detalles. No le importa todo lo anterior, sólo que ahora está con ellos y lo quieren y cuidan como uno de los suyos.

Víctor padece una desnutrición crónica incorregible, casi no ve (debido a las cataratas en sus ojos) tan sólo vislumbra algunas luces o sombras. Pero a pesar de todo lo indeseable que tiene que padecer, es “completo como persona”. Tiene su propia personalidad, sus gustos, sus caprichos (quiere un cinturón porque se le caen los pantalones, pero no uno cualquiera, con un broche y no con hebilla). El Padre explica como en Víctor se pueden distinguir tres fases claras. Un episodio de angustia, con sueños, caprichos, lloros en los que no entienden el por qué, aunque pueden imaginar que se trate de recuerdos de un pasado oscuro y doloroso. Una segunda fase en la que se encierra en sí mismo, sin hablar durante días, ausente, absorto y en otro mundo. Y una tercera, y la más deseada, en la que se conoce a un Víctor feliz, que canta, baila, es cariñoso y con salidas que pueden resultar del todo graciosas.

Nadie puede llegar a explicarse cómo una persona con todas estas carencias físicas y mentales pudo sobrevivir durante tanto tiempo en la calle con tan sólo lo que la gente le ofrecía por caridad. El haber llegado a Las Obras ha sido un regalo para él, un sitio estable para su vidriosa existencia y, ante todo, un hogar. En julio del 2009, Víctor iba a ser operado de su problema crónico de próstata, pero debido a que se le detectaron unos problemas de corazón y a su delicado estado de salud, esta cirugía se suspendió. Además, hace unos cinco años acudía regularmente a terapias y juegos con manualidades, pero actualmente no asiste a ningún tipo de terapia (física u ocupacional). Víctor cada vez está más frágil, “a pesar de que su apariencia física es similar a cuando entró; para él un año que pasa son como cinco, anímica y espiritualmente”. Aunque nunca deja de luchar y lo viene demostrando desde la cuna.

“Un alma tienes no más, si la pierdes ¿Qué harás?”, es una cita del Santo Hermano Pedro. Las interpretaciones pueden ser muchas y muy variadas. Pero algo ha quedado claro: Víctor se aferra a la suya con uñas y dientes y no la dejará ir hasta el último aliento de su existencia.